

Plínio Junqueira Smith, *La experiencia del escéptico* (trad. Soledad Massó), Villa María, Eduvim, 2024, 268 pp.

Abrazar el escepticismo es, sobre todo, fruto de una *experiencia vital*: tal es la tesis central de este libro. Por eso, el objetivo de los ensayos aquí reunidos no es tanto analizar los distintos aspectos de la filosofía escéptica —antigua, moderna y contemporánea—, sino principalmente ahondar en las vivencias intelectuales que sustentan esa posición filosófica.

*La experiencia del escéptico* —que, como se anuncia en el prólogo, constituye la primera parte de una trilogía— consta de seis capítulos. Los primeros cuatro ofrecen una reflexión sobre el fundamento experiencial del escepticismo y, en menor medida, sobre las diversas facetas de la filosofía escéptica antigua y contemporánea, mientras que los últimos dos se concentran en temáticas puntuales de la epistemología (la percepción visual y la autoconciencia). En lo que sigue, pasaré revista a las seis secciones del libro siguiendo el orden allí establecido.

El primer capítulo, “Filosofía y vida”, comienza contraponiendo dogmatismo y escepticismo. Aquí el punto de Smith no está solo en afirmar que los dogmáticos se aferran a una creencia o un sistema de creencias, mientras que los segundos ponen sistemáticamente en duda la validez de todo fundamento filosófico supuestamente definitivo, sino en que estos últimos siguen siendo fieles al espíritu originario de la filosofía, a las vivencias que dieron nacimiento al pensamiento occidental en Grecia. En efecto, la filosofía no debe entenderse, para el autor, como un conjunto de saberes acumulables, sino como una *forma de vida* basada en la reflexión continua y provechosa sobre nuestro estar en el mundo. En consecuencia, los dogmáticos, para construir sus rígidos sistemas de creencias que consideran verdaderos, deben haber previamente distorsionado la relación estrecha y fluida que naturalmente se da entre filosofar y vivir. No es sorprendente, entonces, que tales sistemas hayan “perdido por completo su fuerza y su impacto en la vida cotidiana” (p. 25).

Esa desafortunada escisión entre filosofía y vida tiene otro efecto indeseado: nos lleva a pensar que podemos cambiar la realidad recurriendo simplemente a la formulación de nuevas teorías, tras hacernos olvidar que “nuestro comportamiento no depende de las ideas teóricas que aceptamos, sino, sobre todo, de los hábitos que adquirimos en la infancia, de una práctica repetida que nos moldea de una manera y otra” (p. 31). Frente a esto, el escepticismo se propone como la única manera de revivificar la filosofía y liberarla de sus ilusiones.

Smith adhiere a lo que podríamos llamar una versión “positiva” del escepticismo. Para él no se trata de constatar —con mayor o menor pesar— que no podemos saber nada, ya que, en el fondo, toda creencia carecería de fundamentos definitivos, sino de renovar en cada crítica al dogmático el espíritu explorador y lúdico de la auténtica filosofía (escéptica). Así, el escéptico es el que infatigablemente “expone los argumentos utilizados por una y otra parte, el que considera cada supuesta defensa, sin juzgar nunca la cuestión de forma precipitada y parcial” (p. 42), porque, a diferencia de lo que se supone, no ha perdido “el deseo de la verdad” (p. 121), motor de la genuina indagación filosófica.

Aparte de los beneficios individuales (al fomentar virtudes como la imparcialidad, la moderación, la modestia intelectual y la tranquilidad de espíritu), el escepticismo posee una innegable utilidad social. Por lo pronto, a esta le es connatural, dice Smith, la convivencia con una pluralidad de posiciones religiosas y políticas divergentes. El escéptico es de por sí tolerante y abierto al diálogo, y entiende que la democracia es el sistema que más se aproxima a su punto de vista: “no veo cómo un escéptico, hoy en día, no pueda ser un *demócrata*” (p. 49).

El segundo capítulo, “Reflexión filosófica y precipitación”, vuelve a la contraposición inicial entre dogmáticos y escépticos a fin de señalar que, mientras que los primeros se arrebatan al aferrarse a una determinada creencia, los segundos mantienen indefectiblemente una actitud vigilante y crítica. Los escépticos no necesitan creer ciegamente en ninguna verdad, porque han adquirido la tranquilidad, que todos los dogmáticos secretamente añoran, gracias a la suspensión inicial del juicio (pp. 57, 94).

Aquí conviene notar que, a partir de este capítulo, el autor ya no habla en general del escéptico, sino de un tipo particular de defensor de esta posición, el pirrónico o, mejor, el neopirrónico. A diferencia del escepticismo sin más especificaciones, el neopirronismo es una postura mucho más refinada y sistemática que incluye las consideraciones hechas por Pirrón (ca. 360 - 270 a. C.), expuestas magistralmente siglos más tarde por Sexto Empírico (ca. 160 - 210), y finalmente complementadas por autores contemporáneos como Robert John Fogelin, Barry Stroud y, en el ámbito de la filosofía brasilera, Oswaldo Porchat y el mismo Smith.

El neopirrónico, aclara el autor, no tiene por qué ser un nihilista. Existen creencias y valores cotidianos tan sólidamente arraigados en nuestras vidas que no tiene sentido dudar siempre de todo. Por eso, el escéptico no duda obsesivamente de la solidez del suelo. El punto del neopirronismo es más bien otro: *poner en duda toda posición filosófica no evidente* (p. 66), entendiendo por “no evidente” todo aspecto cognitivo situado más allá del ámbito de nuestra experiencia cotidiana. Así, el neopirrónico puede revisar

tal o cual creencia corriente a fin de reemplazarla por una más adecuada, pero en general da por sentado el “pensamiento común”; su lema es otro: abstenerse de declarar como verdaderas aquellas creencias sobre el mundo “no evidente” (metafísico).

En esencia, el neopirronismo no es una doctrina filosófica más, sino una *habilidad*, la de reconstruir y examinar todas las creencias dogmáticas que se han formulado hasta la fecha con vistas a aclarar que se puede argumentar convincentemente tanto a favor de esas afirmaciones como de sus contrarias —siguiendo en ello el *principio escéptico de oposición* (p. 90)—, para concluir que lo mejor es suspender de entrada el juicio.

El tercer capítulo, “Sobre la manera neopirrónica de actuar y pensar”, es la reelaboración de un artículo dedicado a homenajear, sistematizar y ampliar las ideas de su “maestro”, Oswaldo Porchat (1933 - 2017). Concretamente, el cometido aquí es deslindar cuatro fases del neopirronismo. La primera es la fase destructora, que resalta la apabulladora diversidad de posiciones dogmáticas existentes e insiste en la necesidad de suspender el juicio. La siguiente es la que retoma la distinción entre las creencias de la vida cotidiana (revisables pero, en general, aceptables) y las de las filosofías dogmáticas, todas ellas analizables con el solo fin de mostrar su inconsistencia última. La tercera es la del ejercicio constante del análisis filosófico, no para lograr al final la tranquilidad deseada, sino como resultado de ese beneficioso estado anímico obtenido al suspender el juicio. La última es la fase constructiva o positiva, consistente en la formulación de una “visión escéptica del mundo”, la “explicitación discursiva de su experiencia-del-mundo” (p. 139). Tal visión conjuga, según Smith, tanto nuestras creencias cotidianas como las teorías científicas que, al menos hasta el presente, han superado las distintas pruebas lógicas y experimentales a las que las somete la comunidad científica.

El cuarto capítulo, “Neopirronismo y desacuerdo”, explora los conocidos “cinco modos de Agripa”, las “armas” del escéptico. En realidad, esos modos pueden clasificarse en dos grupos: el primero consiste en el desacuerdo propiamente dicho y en la señalación de la relatividad de toda posición dogmática, mientras que el segundo incluye la indicación de la regresión al infinito, de la circularidad y de la hipótesis arbitraria —trilema que evidencia la imposibilidad de lograr un fundamento último—.

A esta altura, Smith indica que el desacuerdo del escéptico puede darse en varios niveles: en el de las actitudes (la actitud del escéptico es diferente de la del dogmático); en el de una creencia metafísica concreta (por ejemplo, la existencia del mundo exterior); y, finalmente, en el de la desconcertante diversidad de posiciones filosóficas existentes (para citar tan solo el ejemplo de la p. 175: ¡ya Varrón había enumerado 288 opiniones discrepantes sobre la esencia del bien supremo!).

El capítulo cierra distinguiendo dos tipos de neopirronismo actual, el “urbano” y el “rural”. Mientras que este último es más “tosco” al rechazar toda creencia, el primero se presenta como más matizado: desacuerda principalmente con las creencias filosóficas de los dogmáticos, pero “admite algunos tipos de creencias, como las cotidianas y las científicas” (p. 184). Es clara la simpatía del autor por esta última forma de neopirronismo.

El quinto capítulo, “La percepción como una relación”, intenta bosquejar lo que podríamos denominar una teoría escéptica (neopirrónica) de la percepción, especialmente visual. El punto de partida de tal teoría, según Smith, no son solo nuestros estados subjetivos (las cualidades percibidas), sino sobre todo la “situación en la cual una persona tiene cierto tipo de relación con un objeto o evento en el mundo” (p. 192). Por eso podemos hablar de una “relación perceptual” que, en sustancia, es un tipo de relación con el mundo no muy distinta de la acción. Para decirlo con un ejemplo del autor: “ver una torta” se asemeja más a “comer una torta” que a “imaginarla”.

Aparte de este “giro” hacia una visión de la percepción como actividad, Smith defiende la tesis según la cual habría una relación causal entre el objeto percibido y el sujeto que percibe: “Parece correcto decir que, en algún sentido, pensamos en la relación perceptiva como involucrando alguna relación causal” (p. 211).

El último capítulo, “Conciencia, vanidad y sorpresa”, se propone dismantelar algunos supuestos que normalmente tenemos a la hora de pensar la autoconciencia y el autoconocimiento. Por lo pronto, debemos separar claramente la primera del segundo, ya que, según Smith, son dos dimensiones distintas. Además, el autoconocimiento es algo que difícilmente se logra de modo introspectivo, debido a que hay pasiones como la vanidad que distorsionan la visión de nosotros mismos. Por tanto, “tener conciencia de muchas ideas, sentimientos y deseos es una tarea que implica un examen y técnicas especiales, incluida la ayuda profesional de especialistas” (p. 230). Por último, el autor adhiere a la postura que lleva a desautorizar la primera persona. Incluso la conciencia de nosotros mismos es mucho menos fiable de lo que generalmente imaginamos. Hay innumerables aspectos psíquicos que una y otra vez se escapan a la autopercepción. En síntesis, “para entender mejor la conciencia de sí, hay que pensarla de un modo más amplio, no a partir de la conciencia del estado mental presente, sino de nuestra persona como un todo [...]. Esto implica, si no rechazar genéricamente la idea de autoridad de la primera persona, al menos limitarla” (p. 245).

*La experiencia del escéptico* es una valiosa contribución para reflexionar sobre el escepticismo actual y explorar, desde esa óptica, algunas de las cuestiones epistemológicas centrales. La claridad expositiva y el empleo frecuente de ejemplos cotidianos y literarios le otorgan un atractivo adicio-

nal al tratado. Con todo, existen algunas tensiones en la obra que quisiera resaltar brevemente a manera de cierre.

Por una parte, la separación entre creencias cotidianas (y científicas) y creencias filosóficas (metafísicas) no parece ser tan fácil de trazar como Smith supone. Lo que creemos y hacemos cotidianamente está permeado y condicionado por nuestras visiones filosóficas del mundo, religiosas o de otro tipo. Por momentos el autor es consciente de este hecho, pero tiende fácilmente a relativizar su importancia en su defensa del neopirronismo “urbano”. Por otra parte, mientras que en su obra hay una caracterización pormenorizada del escéptico, la imagen que se nos presenta del dogmático es casi caricaturesca. Es cierto que muchos filósofos adoptan un dogmatismo burdo y que esa posición propicia frecuentemente la adopción de posiciones académicas (y políticas) extremas, pero también sería posible hablar de —empleando sus palabras— un “dogmático urbano”, alguien que, sin dudar de la verdad de sus creencias filosóficas, esté abierto al diálogo, al autoexamen y, por cierto, a la convivencia pacífica con quienes piensan de otra manera. Finalmente, se extraña un tratamiento más extenso del famoso problema de la “autorrefutación del escéptico” (si toda creencia filosófica es desechable, ¿no debemos desechar también esta?). Claro que existen maneras de zanjar esta dificultad sin abandonar el escepticismo; justamente eso es lo que hubiese sido deseable ver en el libro. (*Marcos Guillermo Breuer, Metropolitan College of Athens, marcosbreuer@yahoo.com*)

*Recibido el 1 de julio de 2025; aceptado el 21 de agosto de 2025.*